

PUNTO CUARTO.—1. El modo como esto pasó declaran los Evangelistas, diciendo: *Á deshora sucedió un grande terremoto; porque el Ángel del Señor vino del cielo, y quitó la piedra del sepulcro, y sentóse sobre ella; su vista era como un relámpago; sus vestiduras eran blancas como la nieve, y puso tanto espanto á las guardas, que quedaron como muertas. Llegando las mujeres al sepulcro, y viendo quitada la piedra, entraron dentro atemorizadas con la vista del Ángel; él las dijo: No queráis temer, ¿buscáis á Jesús Nazareno crucificado? ya ha resucitado, no está aquí, venid y ved el lugar donde le habian puesto (1).* En lo cual se ha de ponderar la majestad de este Ángel y su hermosura y poder, así en el terrible terremoto que causó, como en la facilidad con que revolvió aquella grande piedra del sepulcro, causando grande temor en malos y buenos, aunque en diferente manera, porque á los soldados, como malos, postró en tierra, dejándolos sin sentido, para que no gozasen de tanto bien; pero á las devotas mujeres consoló diciéndolas: *No queráis temer vosotras. Como quien dice: Estas guardas teman, porque son malas; vosotras no temais ni os congojeis, porque vengo á daros buenas nuevas de la resurreccion del Señor á quien buscáis.*

2. Luego ponderaré aquel nuevo renombre que el Ángel da á Cristo nuestro Señor llamándole Jesús Nazareno crucificado, como quien sabia la condicion de nuestro buen Jesús, que es preciarse de sus desprecios, y honrarse de haber sido crucificado por nosotros. Ó dulce Jesús Nazareno y crucificado, y nunca tan Nazareno como cuando crucificado, porque en la cruz brotaste las flores de tus virtudes y los frutos de nuestra santificacion, de los cuales gozas en tu gloriosa resurreccion. ¡Oh quién te buscase con tanto fervor, que no me preciase de saber otra cosa que á Cristo, y ese crucificado! Ó Ángel benditísimo, venid en mi ayuda, *fortalecedme con estas flores, fortificadme con estos frutos, porque estoy enfermo de amor, deseando ver á Jesús Nazareno, que fué por mí crucificado (2).*

3. Lo tercero, ponderaré como estas mujeres por su corta fe no eran dignas de que Cristo nuestro Señor se les apareciese; y así el Ángel las disponia para ello con avivar su fe, diciéndolas: *Entrad y ved el lugar donde le pusieron, y por aquí creeréis ser verdad que ha resucitado. Tambien avivó su caridad, diciéndolas que con presteza fuesen á dar noticia de esto á los Apóstoles y á Pedro (3), nombrándole en particular, porque no se tuviese por desamparado á causa de sus negaciones, pues por haberlas llorado era digno de este consuelo. De donde sacaré como la dilacion de ver á Cristo nuestro*

(1) Marc. xvi, 4. — (2) Cant. ii, 5. — (3) Marc. xvi, 7.

Señor, y gozar de su dulce presencia, viene muchas veces por la falta de nuestra fe y por nuestra poca disposicion; y así tengo de alentarme á procurar aumento de las virtudes que me disponen para verle, no desmayando por haber sido pecador, pues á Pedro se dan esperanzas de esta vista.

4. Últimamente, ponderaré como entrando estas devotas mujeres en lo mas interior del sepulcro, *vieron dos Ángeles con vestiduras muy resplandecientes con cuya vista temieron, inclinando sus rostros á la tierra; y ellos las dijeron: ¿Para qué buscáis al vivo entre los muertos? No está aquí, ya ha resucitado: acordaos de lo que os dijo estando en Galilea; que convenia ser el Hijo del hombre entregado en manos de los pecadores, y ser crucificado, y resucitar al tercer dia. Y acordándose de estas palabras, se volvieron con temor y con gozo de lo que habian oido y visto (1).* En lo cual se representa como la perseverancia en la devocion con Cristo, es digna de nuevos consuelos. Primero vieron estas mujeres un Ángel, y perseverando en su demanda, vieron otros dos que les dijeron lo mismo, confirmándolas en la fe con un modo de reprehension amorosa, como quien dice: *¿Para qué porfiais en buscar entre los muertos al que está ya vivo y resucitado? Y tambien se ha de ponderar, como es propio de los Ángeles traernos á la memoria las palabras de Cristo nuestro Señor, y con ellas enseñarnos y consolarnos, confirmando nuestra fe, alentando nuestra esperanza y atizando nuestra caridad, para que nos hagamos dignos de verle glorificado. Ó Ángeles bienaventurados, á quien Dios ha dado cuidado de las almas, si viéredes que la mia busca al vivo entre los muertos, buscando á Cristo entre las cosas muertas de este siglo, reprendedla, y enderezadla para que le busque á donde está, que es en la tierra de los vivos, reinando con los suyos por todos los siglos. Amen.*

MEDITACION IV.

DE LA APARICION Á LA MAGDALENA.

PUNTO PRIMERO.—*Habiendo dado estas devotas mujeres el recado de los Ángeles á los Apóstoles, volvieron todas segunda vez al sepulcro, y entonces, como dice san Marcos, Cristo nuestro Señor se apareció primero á la Magdalena, de quien habia echado siete demonios (2).* Aquí se ha de considerar la infinita caridad del Redentor en honrar á los

(1) Luc. xxiv, 5; Matth. xxviii, 7. — (2) Marc. xvi, 9.

pecadores convertidos, escogiendo por primer testigo de vista de su resurreccion á una mujer que habia sido morada de siete demonios (1), y de los siete pecados mortales que de ellos proceden, para que se entendiese que no daña la muchedumbre y gravedad de los pecados pasados, cuando se recompensan con mayor fervor presente. Y tambien, que quien fuere primero en el servicio de Cristo, será primero en los favores que de él recibirá; y que si yo fuere singular en servirle, él será singular en regalarme, como sucedió á la Magdalena, la cual se señaló singularmente en amar y servir á Cristo, haciendo por su amor muchas cosas que otros no hicieron, como fué lavarle los piés con lágrimas, ungerselos con precioso unguento, limpiarlos con sus cabellos, asistir á sus piés oyendo su doctrina con mucho gusto, acompañarle en el monte Calvario, y madrugar para ungrirle despues de muerto, con mayor fervor que todas sus compañeras, y así fué digna de verle primero que los demás, como dice el himno: *Prima meretur gaudia, quæ plus ardebat cæteris*. Mereció tener los primeros gozos de la resurreccion de Cristo, porque ardia por entonces mas que todos en su amor, al modo que se dirá en los puntos siguientes.

PUNTO SEGUNDO. — 1. *Estaba Maria en pié, fuera del monumento llorando, y como llorase, inclinóse á ver el sepulcro, y vió dos Angeles con vestiduras resplandecientes, que estaban sentados, uno al principio y otro al fin del lugar donde fué puesto el cuerpo de Jesús. Dijéronla los Angeles: Mujer, ¿por qué lloras? Respondió ella, porque llevaron á mi Señor, y no sé dónde le pusieron* (2). En estas palabras se ha de considerar: primeramente el fervor de la Magdalena, el cual resplandece: — Lo primero, en las grandes ansias que tenia de ver el cuerpo de su Maestro. Y aunque éstas iban fundadas en falta de fe de su resurreccion, pero como procedian de ferviente amor y de piadosa intencion, eran agradables á su Amado. — De estas ansias nacia la solicitud de buscarle; y á esta causa no se sentó cabe el monumento, sino siempre estaba en pié, como á punto para buscarle á una y otra parte, inclinándose una y otra vez á mirar el sepulcro, por ver si hallaba la segunda vez lo que no halló en la primera; porque quien mucho ama á Dios, no cesa de repetir las mismas oraciones y multiplicar las mismas diligencias para hallarle. — De aquí procedió, que aunque sus compañeras se volvieron del sepulcro, contentándose con lo que los Angeles les habian dicho; y san Pedro y san Juan se tornaron á su posada, contentos con haber visto las

(1) Marc. xvi, 9. — (2) Joan. xx, 11.

mortajas; pero ella no se contentó con nada de esto, sino quedóse allí con gran perseverancia, como quien dice: Aquí perdí lo que tanto amo, aquí lo hallaré, ó aquí moriré hasta hallarlo. Finalmente mostró su fervor en las lágrimas que derramaba por esta causa, sin que fuese parte la vista de los Angeles tan hermosos y resplandecientes para enjugarlas, porque no hallaba ningun consuelo en vista de criaturas, la que tenia puesto todo su deseo en ver á su Maestro, que era el Criador.

2. En estas cuatro cosas he de imitar á esta fervorosa mujer, buscando á Dios nuestro Señor con un deseo vehemente, solícito, perseverante y devoto, resolviéndome de no tomar consuelo superfluo en cosa criada hasta hallar á mi Criador, diciendo lo que dijo David á otro propósito: *No entraré en el retrete de mi casa, ni subiré en el lecho del descanso, no daré sueño á mis ojos, ni reposo alguno á mis párpados, hasta que halle el lugar donde está mi Dios, y el tabernáculo donde mora el Dios de Jacob* (1), para entrar dentro de él, y estar siempre en su compañía. En lo cual tambien imitaré el fervor con que la Esposa buscaba á su Amado por todas las calles y plazas de la ciudad (2), sin detenerse con las guardas, ni descansar un punto, hasta que le halló, porque de los que buscan de esta manera, se entiende lo que dice Cristo nuestro Señor: *Quien busca halla* (3). Lo segundo, se ha de considerar la razon de estas fervorosas lágrimas, que la misma Magdalena dió á los Angeles, diciéndoles: *Lloro, porque llevaron á mi Señor, y no sé dónde le pusieron* (4). Como quien dice: ¿No os parece bastante causa para llorar, haberme llevado á mi Señor y todo mi bien, sin saber quién le llevó y á dónde le pusieron? Antes lloraba su muerte, pero consolábame con tener su cuerpo; ahora me han quitado este consuelo que me quedaba; y por esto lloro, ni hallo para mis lágrimas remedio.

3. *Causas de las lágrimas.* — En lo cual ponderaré, que las lágrimas son bien empleadas, principalmente por dos causas. — La primera, cuando nuestros pecados nos han quitado á Dios del alma, privándonos de su gracia y amistad, y estas lágrimas son semejantes á las que derramó la gloriosa Magdalena á los piés de Cristo, cuando echó de ella los siete demonios, y la perdonó sus pecados. — La segunda causa es, cuando sin saberlo nosotros se nos ausenta Dios, y nos deja en tinieblas y sequedad de espíritu, con tanta oscuridad, que apenas sabemos á dónde y cómo buscarle. Y estas lágrimas son semejantes á las que derramaba la Magdalena en esta ocasion, bus-

(1) Psalm. cxxxii, 3. — (2) Cant. iii, 2. — (3) Matth. vii, 8. — (4) Joan. xx, 33.

cando á su Maestro y Redentor, y ambas lágrimas son prendas de que hallaremos á Dios nuestro Señor, si con ellas le deseamos y buscamos, diciendo con el real profeta David: *Las lágrimas fueron mi pan de día y de noche, oyendo á los que me dicen cada día: ¿Dónde está tu Dios (1)?* Ó Dios mio, que solías estar dentro de mi alma, como en tu sepulcro, descansando y alegrándome con tu presencia, ¿dónde estás ahora? ¿quién te me ha llevado y sacado de mi corazón? ¿cómo me has dejado solo, seco, triste y desconsolado? Si mis pecados te han quitado de donde estabas, quítalos de mí por tu infinita misericordia, para que puedas volverte á tu lugar, y yo le conservaré siempre limpio con tu gracia, para que otra vez no alejes de mí tu presencia por todos los siglos. Amen.

PUNTO TERCERO.—1. Compadeciéndose Cristo nuestro Señor de las muchas lágrimas de la gloriosa María Magdalena, quiso consolarla, para cumplir la palabra que dió, cuando dijo: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (2)*. Pero en esto procedió poco á poco para su mayor bien.

Porque lo primero, se le apareció, no poniéndose delante de los ojos, sino á las espaldas, haciendo algun ruido, para que ella volviese á mirarle: *Conversa est retrorsum, et vidit Jesum stantem*. Volvió atrás, y vió á Jesús que estaba allí en pié. En lo cual se nos representa el modo como Dios nuestro Señor busca las almas que le tienen vueltas las espaldas, y le dejan, y no le conocen, ni le respetan como es razon, por no conocerle. A las cuales dijo por el profeta Isaías: *Tus oídos oirán la voz del que tienes á las espaldas, y te amonesta el camino que has de andar (3)*. Estas voces son algunas inspiraciones y toques interiores con que las convida Dios nuestro Señor á que vuelvan el rostro al que tienen detrás de sí, para que él pueda tambien mirarlas y compadecerse de ellas, diciéndoles aquello de los Cantares: *Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuélvete, para que te miremos (4)*. Cuatro veces la dice que vuelva su rostro hácia Dios, para denotar que desea una vuelta muy fervorosa y perfecta, convirtiéndola á Dios su corazón, su alma, su espíritu y sus fuerzas, cumpliendo el mandamiento del amor con estas cuatro condiciones que en él se piden (5). Ó alma mia, Sunamitis y cautiva de tus aflicciones desordenadas, mira que las tres divinas Personas te dicen que les vuelvas tu rostro, porque desean mirarte con el suyo. Y pues todo tu bien está en que Dios te mire, no tardes en

(1) Psalm. xli, 4. — (2) Matth. v, 5. — (3) Isai. xxx, 21. — (4) Cant. vi, 12.
(5) Marc. xii, 30.

mirar al que te convida que le mires, para mirarte y compadecerse de tí.

2. Lo segundo, aunque la Magdalena miró á Cristo nuestro Redentor, no le conoció, porque se le apareció en traje disfrazado, como de hortelano, por cuanto tenia muy corta fe, y no merecia verle al descubierto, por su imperfecta disposicion; en lo cual se nos avisa que la mortandad y tibieza de nuestra fe es causa de que, estando Dios presente en todo lugar, y estando Cristo nuestro Señor presente en el Santísimo Sacramento, no le conocemos, ni respetamos, ni tratamos como cosa presente. Y así se aparece en figura de hortelano, para significar la necesidad que tienen los imperfectos de que Cristo escarde y labre el huerto de sus almas, limpiándolas de las malas yerbas, de culpas é imperfecciones, y avivando en ellas las virtudes. Ó dulcísimo Jesús, pues sabes que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino tú, Dios mio, que das el aumento (1); aumenta mi fe y las virtudes, apartando de ellas sus imperfecciones, para que sea digno de conocerte, de modo que te ame y sirva con perfeccion.

3. Lo tercero, volviendo la Magdalena el rostro hácia Cristo nuestro Señor, él la dijo con una voz diferente de la que solia hablar: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿á quién buscas?* En lo cual se ha de ponderar, que cuando Dios hace tales preguntas en casos semejantes, haciéndose del que no sabe, quiere dar á entender que hay allí algo que no aprueba, ni lo sabe con la ciencia que llaman de aprobacion. Y así, cuando la Magdalena lloraba á sus piés y los regaba con lágrimas (2), no la dijo: ¿Por qué lloras? ¿á quién buscas? porque aquellas lágrimas se fundaban en profundo conocimiento de sus pecados, y en viva fe y amor del Señor que tenia presente, el cual las conocia y aprobaba. Pero en este caso, como las lágrimas procedian de ignorancia y falta de fe, llorando por muerto al vivo, y buscando al vivo entre los muertos, dícela: ¿Por qué lloras? ¿á quién buscas? como si dijera: ¿Sabes por qué lloras, y á quién buscas? sin duda que no lo sabes bien, porque si lo supieras no me llorarás de esta manera por muerto, ni buscaras como ausente al que tienes presente.

4. En lo cual nos enseña Cristo nuestro Señor, como su voluntad es que examinemos bien la causa de nuestras lágrimas y suspiros; y tambien qué es lo que buscamos y pretendemos en su servicio, porque no se mezcle algo que sea contrario á Dios, ó desdiga de

(1) I Cor. iii, 7. — (2) Luc. vii, 38.